

L'AIGLE

ESPECIAL II

REVISTA DE
HISTORIA
NAPOLEÓNICA

ISSN: 2697-2506

OBRA DE LA ASOCIACIÓN FCM-AMEN

(FUSILIERS-CHASSEURS MADRID / MADRILEÑA DE ESTUDIOS NAPOLEÓNICOS)

HISTORIA CULTURAL · HISTORIA MILITAR · HISTORIA SOCIAL · HISTORIA POLÍTICA

En Madrid, 25 de marzo de 2024

©Asociación Madrileña de Estudios Napoleónicos

Propiedad de:

©Asoc. F. C. M.

(Fusiliers-Chasseurs Madrid)

Asociación dedicada al estudio, difusión y recreación histórica de la Revolución francesa y las guerras napoleónicas en el mundo castellanoparlante

(La presente publicación no tiene por objeto ningún tipo de ánimo de lucro)

La Armée
Administración, mandos, política
internacional, estrategia, patrimonio
material y tropas

Especial monográfico II



Conferencia de la Dra. María Zozaya Montes en la Cátedra Extraordinaria Complutense de Historia Militar. En la imagen de izquierda a derecha figuran: Dr. Jesús Cantera Montenegro (Secretario académico de la facultad), Dra. María Zozaya Montes (Investigadora del CIDEHUS-Universidade de Évora) y D. Jonathan Jacobo Bar Shuali (Coordinador de L'Aigle). Imagen tomada por la organización del evento, Madrid, 26 de mayo de 2023.



Clase en la asignatura "Metodología II" del Grado en Historia de la Universidad de Alicante.

En la imagen de izquierda a derecha figuran: Thomas Rahm Armuña (editor de *L'Aigle*) y Lara Muñoz López (Vicepresidenta de Asociación Madrileña de Estudios Napoleónicos / Fusiliers-Chasseurs Madrid). Imagen tomada por nuestro socio el Prof. Dr. Rafael Zurita Aldeguer, Alicante, noviembre de 2023.

Director

Jonathan Jacobo Bar Shuali

Secretaría

Jorge Blanco Mas

Diseño de portada

Jonathan Jacobo Bar Shuali

Equipo de edición

Jonathan Jacobo Bar Shuali, Sara Gómez Vidal y Thomas Rahm Armuña

Equipo de revisión

Jorge Blanco Mas (coordinador), Alberto Ruiz Hidalgo, Ernesto Yamuza Magdaleno y Carlos Navarro Sáez

Traducción

Thomas Rahm Armuña

Comité científico

Daniel Aquillué Domínguez (Universidad Isabel I), Leandro Álvarez Rey (Universidad de Sevilla), David Alegre Lorenz (Universitat de Barcelona), Alberto Cañas de Pablos (Universidad de Alicante), David Chanteranne (Souvenir Napoléonien), María de la Paloma Chacón Domínguez (Universidad Complutense de Madrid), Charles Joseph Esdaile (University of Liverpool), Gonzague Espinosa-Dassonneville (Souvenir Napoléonien), Jean-Marc Lafon (Université Paul-Valéry-Montpellier III), Evaristo C. Martínez-Radío Garrido (Centro de Investigação Transdisciplinar «Cultura, Espaço e Memória»), Juan Jesús Padilla Fernández (Universidad de Salamanca), Antonio Jesús Pinto Tortosa (Universidad de Málaga), Fernando Quesada Sanz (Universidad Autónoma de Madrid), Alicia Teresa Laspra Rodríguez (Universidad de Oviedo), Eneko Tuduri (Universidad del País Vasco), Rafael Zurita Aldeguer (Universidad de Alicante).

SOBRE LOS TEXTOS

Los autores manifiestan ser los responsables originales de sus trabajos, siendo este producto de sus investigaciones, habiendo evitado cualquier tipo de plagio. La editorial no se hace responsable de las ideas o argumentos aportados por estos. Los envíos son sometidos a revisión por pares doble ciego. Se aceptan reseñas en inglés, francés, castellano, portugués e italiano. Además de artículos en inglés, francés y castellano.

Entidad responsable:

Asociación Madrileña de Estudios Napoleónicos / Asociación Fusiliers-Chasseurs Madrid (F. C. M.)

Madrid, España, 28043

ISSN: 2697-2506

ALCANCE

L'Aigle: Revista de Historia Napoleónica surge de la necesidad de introducir el estudio del Primer y el Segundo Imperio francés en la sociedad castellanoparlante. El portal de F. C. M. ha recibido más de 30.000 visitas. Nuestros contenidos se encuentran disponibles en acceso abierto en las direcciones:

Academia Edu

<https://ucm.academia.edu/LAigleRevistadeHistoriaNapole%C3%B3nica>

Biblioteca Nacional de España

<https://datos.bne.es/edicion/a6849030.html>

Dialnet

<https://dialnet.unirioja.es/servlet/revista?codigo=27116>

Dulcinea

<https://dulcinea.opensciencespain.org/ficha3934>

Latindex (pendiente de calificación)

<https://latindex.org/latindex/ficha/28004>

MIAR-Universitat de Barcelona

<https://miar.ub.edu/issn/2697-2506>

HISTÓRICO DE AUTORES

Consulte los investigadores e investigadoras que ya han trabajado con nuestro equipo editorial, véase:

https://dialnet.unirioja.es/servlet/listaautores?tipo_busqueda=REVISTA&clave_busqueda=27116

CREATIVE COMMONS

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons “reconocimiento no comercial 4.0” internacional. El/La autor/a puede subir a cualquier portal académico su investigación, una vez esta se encuentre editada y publicada en *L'Aigle*.



SUMARIO

Nota editorial. *Jonathan Jacobo Bar Shuali (UCM-FCM-AMEN)* 1

Prefacio. *David García Hernán (ASEHISMI)* 5

Reflexiones. “A solas con su gloria”: el recuerdo de veteranos de conflictos armados entre los siglos XVIII y XIX, hacia un nuevo proyecto. *Zack White (UoP)* 7

Didácticas de la guerra en el siglo XVIII a partir de los Axiomas Militares de Nicolás de Castro. *Manuel Sobaler Gómez (UCM)* 19

Barón Antoine Henri de Jomini: el intérprete de Napoleón. *Alberto Guerrero Martín (UNED-ASEHISMI)* 39

La digresión caribeña de Bernadotte: la colonia sueca de San Bartolomé y su rol en las independencias hispanoamericanas (1784-1830). *Alberto Cañas de Pablos (UCM)* 65

La Española como escenario de un conflicto geopolítico global: Reino Unido vs Francia (1791-1809). *Antonio Jesús Pinto Tortosa (UMA)* 91

Maldito “caro aliado”. La ciudad de Murcia en la Guerra de la Independencia. *Davinia Albaladejo-Morales (UDC)* 115

Experiencias de soldados napoleónicos en la Guerra de la Independencia española: el caso de los sitios de Zaragoza. *Daniel Aquillué Domínguez (UII)* 135

“¡Oh guerra, plaga de la humanidad! ¡Qué cruel eres!”. El diario de Steinmetz (1808-1809). *Martijn Wink (I)* 159

La batalla de Ordal, 1813. Rastreando un campo de batalla de época napoleónica. *Pablo Carrasco Gómez (UB)* 179

Influencia de la estética militar napoleónica en el folclore vasco. El caso de los Alardes, la Tamborrada, Besta Berri y las Klikas. *Eneko Tuduri Zubillaga (UPV-EHU)* 205

Reseñas.

Nicieza Forcelledo, G., *Anclas y bayonetas. La Infantería de Marina española en el siglo XVIII*, Madrid, Edaf, 2023. 504 págs. ISBN: 978-84-414-4219-1. *Javier González Larrea (UNIOVI)* 235

Guimerá, A. (ed.), *Trafalgar. Una derrota gloriosa*, Madrid, Desperta Ferro, 2023. 336 págs. ISBN: 978-84-126588-7-3. *Lara Muñoz López (FCM-AMEN)* 239

Ruiz García, V., *Los pontones de Cádiz. La odisea de los soldados derrotados en la batalla de Bailén (1808-1814)*, Valladolid, Glyphos Publicaciones, 2023. 252 págs. ISBN: 978-84-125533-2-1. Miguel Enrique Espigares Jiménez (FCM-AMEN) 241

Boudon, J. O., *Napoléon, le dernier Romain*, Francia, Les Belles Lettres, 2021. 167 págs. ISBN: 978-2-251-45177-0. Julio Sandoval (BIS) 243

Espinosa Aguirre, J. E., *La empresa eternamente memorable. México hacia la independencia trigarante de 1821*, Castellón, Universitat Jaume I, 2023. 240 págs. ISBN: 978-84-19647-19-1. Gustavo Pérez Rodríguez (UNAM) 246

Novedades divulgativas y académicas. 251

Experiencias de soldados napoleónicos en la Guerra de la Independencia española: el caso de los Sitios de Zaragoza

Napoleonic soldiers experiences in the Peninsular War: the Sieges of Saragossa

Daniel Aquillué Domínguez

Universidad Isabel I

 ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-6397-0608>

danielaquillue@gmail.com

Recibido: 31-03-2023

Aceptado: 03-01-2024

PARA CITAR ESTE TRABAJO: Aquillué Domínguez, D., "Experiencias de soldados napoleónicos en la Guerra de la Independencia española: el caso de los Sitios de Zaragoza", *L'Aigle: Revista de Historia Napoleónica*, Especial II (2024), pp. 135-158.

Resumen:

El presente artículo pretende un acercamiento a las visiones y experiencias “a ras de suelo” de soldados napoleónicos en el marco de la conocida como Guerra de la Independencia española, fundamentalmente a través del caso de los Sitios de Zaragoza de 1808-1809.

Palabras clave:

Experiencias de soldados, Historia Militar, Sitios de Zaragoza, Guerra de la Independencia española, Violencias.

Abstract:

This paper intends to approach the points of view and experiences “from below” of napoleonic soldiers in the Peninsular War, especially through the case of the Saragossa Sieges of 1808-1809.

Keywords:

Soldiers experiences, Militar History, Saragossa Sieges, Peninsular War, Violences.

Introducción

La conocida popularmente como Guerra de la Independencia española fue un cruento e intenso teatro bélico que se prolongó durante seis años, en el marco de las guerras napoleónicas que, entre 1799 y 1815, asolaron Europa. Y no solo Europa, pues tuvieron extensiones globales que dejaron un profundo impacto, como expone la obra de Alexander Mikaberidze¹. Dichos conflictos también han sido caracterizados como la primera guerra total en trabajos como los de David Bell². La Guerra de la Independencia ha gozado de buena salud historiográfica, tenida habitualmente como fecha de entrada de España en la Historia Contemporánea, constituyendo dos obras clásicas de referencia las de los hispanistas Jean-René Aymès y Ronald Fraser³, entre otras, pues en el bicentenario de 2008 se publicaron decenas de libros al respecto⁴. En

cuanto al tema de la guerra “a ras de suelo”, hay que mencionar el capítulo que le dedicó John Keegan a la batalla de Waterloo⁵, así como las más recientes investigaciones de Jean-Marc Lafon sobre el Ejército del *Midi* en sus campañas en España⁶. Finalmente, y antes de centrarnos en el tema objeto de este artículo, las experiencias de soldados napoleónicos en Zaragoza en 1808-1809, hay que hacer referencia a los estudios que han tratado el paradigmático caso de los Sitios de Zaragoza. Estos también han recibido gran atención, pero cabe destacar, al menos, tres libros: el de Gonzalo Butrón y Pedro Rújula que analiza los distintos asedios en la Guerra Peninsular, el clásico de Raymond Rudorff y el más reciente *Guerra y cuchillo*⁷.

¹ Mikaberidze, A., *Las guerras napoleónicas. Una historia global*, Madrid, Desperta Ferro, 2022.

² Bell, D., *La primera guerra total. La Europa de Napoleón y el nacimiento de la guerra moderna*, Madrid, Alianza, 2012.

³ Aymès, J. R., *La Guerra de la Independencia en España (1808-1814)*, Madrid, Siglo XXI, 1986; Fraser, R., *La maldita guerra de España. Historia social de la Guerra de la Independencia, 1808-1814*, Barcelona, Crítica, 2006.

⁴ Luis, J. P., “Balance historiográfico del bicentenario de la Guerra de la Independencia: las aportaciones científicas”, *Ayer*, 75 (2009), pp. 303-325.

⁵ Keegan, J., *El rostro de la batalla*, Turner, Madrid, 2013.

⁶ Sus trabajos derivan, en buena medida, de su tesis *Le paradoxe andalou (1808-1812): contre-insurrection, collaboration et résistances dans le midi de l'Espagne*, defendida en 2014, y publicada en formato libro: Lafon, J. M., *L'Andalousie et Napoléon: Contre-insurrection, collaboration et résistances dans le midi de l'Espagne (1808-1812)*, Nouveau Monde Editions, 2007.

⁷ Butrón, G. y Rújula, P., *Los sitios en la Guerra de la Independencia: la lucha en las ciudades*, Madrid, Sílex Ediciones-Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2012; Rudorff, R., *Los Sitios de Zaragoza 1808-1809, “guerra a muerte”*, Barcelona, Grijalbo, 1977; Aquillué, D., *Guerra y cuchillo. Los Sitios de Zaragoza 1808-1809*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2021.

Su visión de España

A pesar de los lazos en común entre las monarquías borbónicas de España y Francia durante el siglo XVIII, no pocos desde París veían el sur de los Pirineos como un lugar con un exceso de clero que atesoraba riquezas en las iglesias, oscurantista frente a las luces de la Ilustración, estancado en su economía, de tierras áridas, con una nobleza indolente, un campesinado subyugado pero apático y un ejército anticuado. Y muchas de estas cuestiones estaban en el imaginario de Napoleón Bonaparte y sus mariscales.

Aunque ya en 1801, con motivo de la guerra franco-española contra Portugal, se habían trasladado tropas napoleónicas a territorio español, sería a partir de 1807 cuando, tras el nuevo despliegue napoleónico en España, encontramos más testimonios en este sentido. En 1801 Napoleón se ofuscó ante la iniciativa mostrada por Manuel Godoy y las tropas españolas, que dieron la Guerra de las Naranjas y firmaron la paz sin contar con sus aliados franceses. Entonces, el todavía primer cónsul tuvo que transigir. En esas fechas, Bonaparte “necesitaba desesperadamente a España y todo lo

que esta le podía aportar”, especialmente su real armada⁸.

Hubo jóvenes reclutas y soldados que asumieron esas visiones idílicas, exóticas y orientalizantes sobre una España en la que pensaban encontrarían tesoros y mujeres. Aunque todavía no se habían afianzado los mitos del Romanticismo, los cuales se consagrarían en las décadas posteriores a la Guerra de la Independencia con el caso paradigmático de la *Carmen* de Mérimée y Bizet, ya había todo un conjunto de tópicos nacionales. En 1798, el viajero alemán Christian Augustus Fischer señalaba “que un viaje a España era considerado una expedición al fin del mundo”. No fue el único que tenía esa mala impresión. Un oficial francés informaba a sus superiores de que en su camino a Santiago de Compostela fue asaltado y robado por bandidos. Por otra parte, Jakob Meyer, un joven soldado alemán, alistado en 1807, relató que fue seducido por la perspectiva de regresar a casa con la mochila “llena de doblones españoles”⁹. Algunos soldados dejaban testimonio de la sensación que les embargaba al traspasar la frontera ya en Irún, donde todo, desde el

⁸ Mikaberidze, *op. cit.* (nota 1), pp. 170 y 252-253.

⁹ Citado en Lafon, J. M., “Comer caldo aguado con cuchillo...” Organización y logística del Ejército del Midi en la prefectura de Jerez (1810-

1812)”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, 12 (2017), 149-172.

urbanismo a la comida, les parecían un cambio radical con respecto a Francia, quizás porque estaban sugestionados. Recelaban del populacho, se sorprendían con la riqueza ornamental de iglesias góticas y barrocas, lo que chocaba con el gusto neoclásico y los ideales de la Revolución y el Imperio francés, incidiendo en la imagen de un país fanático que prefería malgastar en templos antes que solucionar la miseria o mejorar la industria. Un noble polaco manifestó su sorpresa al llegar a una España distinta de la que le habían presentado sus lecturas, donde todos los españoles eran altivos hidalgos con guitarras y todas las mujeres hermosas señoritas abanicándose con gracia.

En 1808, en apenas unas semanas, los soldados napoleónicos se convirtieron de aliados en enemigos. Esto supuso un *shock* que padecieron tanto aquellos que habían llegado con ideas preconcebidas por lecturas o narraciones como los miles de jóvenes de la recluta hecha en 1807 y que no habían conocido otro horizonte más allá de su aldea o barrio en Francia¹⁰. Así, los sueños franceses se convirtieron en pesadillas y atroces

realidades. Para cuando Robert Guillemard entrara con su regimiento por el Valle de Arán, ya en enero de 1810, siendo destinado a Aragón, no hacía sino quejarse de las malas carreteras, la suciedad, un halo de oscuridad y visiones terribles de soldados horriblemente mutilados por la guerrilla¹¹. A pesar de ello, la prensa oficial napoleónica, desde París, trató de minimizar la Guerra de España, circunscribiéndola a un populacho manipulado por el clero inquisitorial y los británicos, mientras que sobredimensionaba al grupo de afrancesados que apoyaron a los Bonaparte¹².

En lo que respecta a la ciudad de Zaragoza, algunos aspectos coincidían con los mencionados para otras zonas de España. Así, en 1768, Augustin Clément, obispo de Auxerre, señalaba la sobreabundancia de clero en la ciudad¹³. En 1785, Jean-Marie Fleuriot describía España como un país supersticioso, atrasado y cruel por culpa del fanatismo religioso, fijando como arquetipo de ello el palacio de la Aljafería, antigua cárcel de la Inquisición¹⁴.

¹⁰ Lafon, *op. cit* (nota 9).

¹¹ *Mémoires de Robert Guillemard*, París, 1826, Fondation Napoléon, pp. 125-131; Lafon, J. M., “Una inquietante extrañeza: la visión de la España del año 1808 en los testimonios napoleónicos, entre la alianza desigual y la guerra abierta”, *Anales de Filología Francesa*, 16 (2008), pp. 141-153.

¹² *Le Moniteur Universel ou Gazette Nationale*, 5 de septiembre de 1808, núm. 249.

¹³ Mencionado en Ortas Durand, E., *Viajeros ante el paisaje aragonés (1759-1850)*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1999, p. 24.

¹⁴ *Ibidem*, p.26.

La resistencia de Zaragoza sería achacada en buena medida a ese clero fanático, ejemplificado en el cura Sas y el padre Boggiero, quien también había tomado las armas contra los franceses. Esta cuestión también impactó en los soldados napoleónicos. Así, Lejeune dejó el siguiente testimonio sobre el asalto a Santa Engracia el 27 de enero de 1809:

Allí los monjes, los soldados, los paisanos, las mujeres y hasta los niños se excitaban mutuamente a disputarnos el terreno. Se defendían, peldaño a peldaño en las escaleras, de corredor en corredor, de aposento en aposento atrincherándose detrás de los colchones de lana y hasta detrás de los montones de libros, haciéndonos desde todas partes un fuego infernal. Uno de nuestros polacos fue molido a golpes en la escalera con el crucifijo de un fraile¹⁵.

Mientras que el barón de Rogniat, jefe de ingenieros francés tras la muerte de Bruno Lacoste, narró cómo en una contraofensiva zaragozana iba “a su cabeza un religioso que les animaba, un crucifijo en una mano, un sable en la otra”¹⁶.



Figura 1. Retrato de Louis François, barón Lejeune. Colección Château de Versailles.

Louis François Lejeune, quien combatió en el Segundo Sitio de Zaragoza, nos dejó abundantes testimonios, comenzando por el carácter de los aragoneses, de quienes escribió: “son hombres apuestos, valientes, firmes y testarudos, hasta tal punto que uno de sus proverbios dice que se sirven de la cabeza para empotrar los clavos en la pared”. Al describir Zaragoza mencionaba que comprendía “una multitud considerable de clero secular y de monjes que sirven de 50 a 60 iglesias

¹⁵ Lejeune, L. F., *Los Sitios de Zaragoza. Historia y pintura de los acontecimientos que tuvieron lugar en esta ciudad abierta durante los dos sitios que sostuvo en 1808 y 1809*, edición de Pedro Rújula,

Zaragoza, Institución Fernando el Católico, p. 71.

¹⁶ Rogniat, J., *Relación de los sitios de Zaragoza y Tortosa por los Franceses en la última Guerra de España*, Zaragoza, Imprenta de Miedes, 1815.

y conventos”¹⁷. A colación, en el imaginario de quienes sitiaron la ciudad también estaba el tesoro de la Virgen del Pilar. El francés Daudevard de Ferussac lo expresaba así: “Existía gran impaciencia por entrar en la ciudad. Los soldados ardían en deseos de atacar. De antemano se repartían los tesoros de N. S. del Pilar”; mientras que el ya mencionado Lejeune hablaba de que el “tesoro es sorprendente y su fama ha recorrido todo el orbe cristiano”¹⁸.

El posible enriquecimiento con el que cargar sus mochilas motivaba a no pocos soldados. A pesar del concordato entre la Francia napoleónica y el Papado en 1801 y de que buena parte de la población francesa seguía siendo católica, existía también un desprecio hacia los símbolos religiosos católicos, más aún si, como en el caso de Zaragoza, se asociaban a la pertinaz resistencia. La Virgen del Pilar era un pilar de la defensa para los zaragozanos y zaragozanas. Tras los Sitios, el general Louis Gabriel Suchet y su esposa Honorine se preocuparían por asistir a misa cada domingo en la basílica del Pilar, procurando granjearse de esa forma la adhesión aragonesa. Sin embargo, la opinión

durante los asedios era distinta. La artillería napoleónica situada en el Arrabal dirigió sus proyectiles contra las fachadas norte y este del templo entre el 18 y el 20 de febrero de 1809, con el fin de minar la moral defensora. Y antes, tras la batalla del Arrabal del 21 de diciembre de 1808, en la que las tropas del general Gazan se estrellaron sufriendo una contundente derrota, lo que murmuraban los soldados eran insultos hacia la Virgen.

Un testimonio de ello lo ofrece Baltasar Blaser, oficial del Regimiento de Suizos de Aragón, quien fue hecho prisionero en la Torre del Arzobispo y llevado a Juslibol, lugar de retirada napoleónica. Tras escaparse, contó que sus captores “decían que hace ese tonto de Palafox que no se entrega bajo las águilas Imperiales”, que “hacían mofa diciendo tenían los aragoneses muchas esperanzas en la Virgen del Pilar, que está hecha de un pedazo de madera, que pronto derribarían su templo y que harían la Ciudad de Zaragoza cenizas, que tirarían 12 bombas, 6 granadas y 10 tiros de cañón de a 24 a un tiempo y que entonces verán los milagros que hace la Virgen de madera”¹⁹. Esta última frase enlaza con una concepción

¹⁷ Lejeune, L. F., *Sièges de Saragosse, histoire et peinture des événements qui ont eu lieu dans cette ville ouverte pendant les deux sièges qu'elle a soutenus en 1808 et 1809*, París, Librairie de Firmin Didot Frères, 1840, p. 39.

¹⁸ Citado en Gonzalo Til, S., *Esmeraldas y cenizas. El expolio del Pilar*, Zaragoza, Asociación Cultural Los Sitios de Zaragoza, 2013, p. 30.

¹⁹ Archivo Municipal de Zaragoza, Fondo General Palafox, Signatura: 24-3/1-37, 1808-

del Estado Mayor napoleónico en los primeros compases de la guerra en 1808: que iba a ser un mero paseo militar. El general Foy dudaba que los españoles pudieran emular las hazañas militares atribuidas a sus antepasados y menos con tales gobernantes, llegando a decir que se “había extinguido el espíritu guerrero de una nación que llenó al mundo con su fama”²⁰.

Y es que cuando Napoleón concibió destronar a los Borbones hispanos y hacerse con el control de su monarquía pensaba en los recursos que este tenía allende del Atlántico. Eso era fundamental para sus objetivos, sostener económicamente sus guerras europeas y estrangular la economía británica. Lo que importaba era controlar la ciudad y puerto de Cádiz, puerta y nudo de comunicación entre las Españas de ambos lados del Atlántico. Además, allí se encontraba parte de la flota francesa, refugiada desde la derrota naval de Trafalgar en 1805. Lo que de verdad interesaba a Napoleón era controlar un eje París-Cádiz con la mirada puesta en los tesoros hispanoamericanos. Y en medio, el centro de poder político, Madrid, comunicada con Francia a través del eje

Madrid-Burgos-Vitoria-Bayona. Proteger esa vía es lo que ordenó constantemente desde que sus tropas entraron en España.

Recordemos que, a la altura de marzo de 1808, eran casi 100.000 los soldados napoleónicos que ocupaban varios puntos clave de la España peninsular: las comunicaciones entre Francia y Madrid, principalmente. Su lugarteniente general, Murat, tenía órdenes, desde el 10 de abril de 1808, de reprimir rápidamente cualquier alboroto. Ni Bonaparte ni él pensaban que se produciría nada más que un simple motín puntual. El levantamiento de mayo-junio en España obligó a Napoleón a variar sus planes. Sus, para entonces, casi 120.000 hombres se encontraban dispersos en medio de una población hostil. Estos estaban formados por jóvenes de la conscripción adelantada de 1808-1809, encuadrados en nuevas unidades. El nuevo ejército que operaba en España en 1808 se componía de soldados bisoños, de unidades de reserva, de cuerpos de seguridad destinados con anterioridad a labores de policía o guarnición, y cuerpos extranjeros. En todos, la disciplina dejaba que desear. En cuanto

1821, *Certificaciones e instancias expedidas y dirigidas a José de Palafox y referidas a concesiones y honores y distinciones por participar en la defensa durante los Sitios; acreditación de servicios prestados*

y nombramiento de cargos; así como justificación de aportaciones económicas para contribuir a los gastos durante los asedios.

²⁰ Rudorff, *op. cit.* (nota 7), pp. 18-23.

a la instrucción de los reclutas, baste señalar un ejemplo: en marzo de 1808 el general Malher murió en Valladolid por un accidente durante unos ejercicios militares, cuando un joven soldado se dejó la baqueta del fusil en el cañón del mismo y, al disparar, esta salió como un proyectil, traspasando al malhadado general²¹. Con estos miembros fueron a la guerra total.

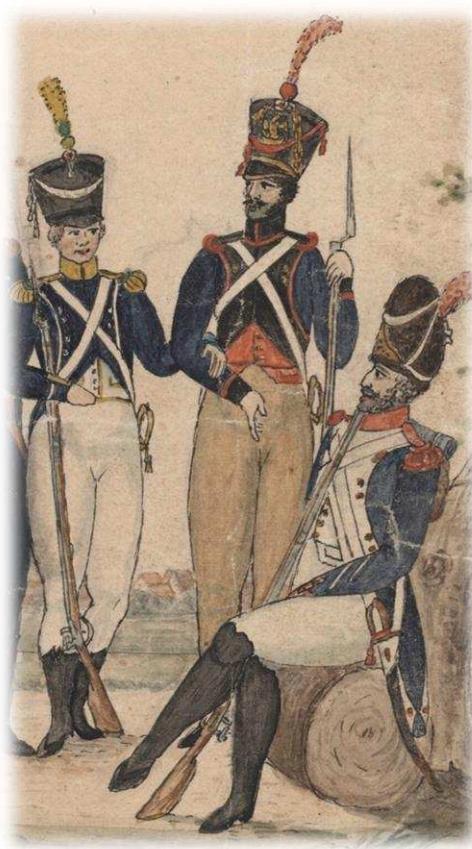


Figura 2. *Tropas imperiales en 1808.* De izquierda a derecha: joven *voltigeur*, tropa de ingenieros y granadero de línea. *Ørnstrup, Det Kgl. Bibliotek.*

²¹ Esdaile, Ch., “El Ejército francés en España. Actitudes y mentalidades de una fuerza de ocupación”, *Jerónimo Zurita*, 91 (2016), pp. 21-33.

Los miedos

Si hubo un miedo constante entre los soldados napoleónicos desplegados en España y Portugal, este fue el miedo al campesinado, a la población en armas, a la guerra irregular, a caer en una emboscada. La guerrilla conformaría un imaginario de terror, de violencia inmisericorde y especialmente vengativa: cruenta²². A ello se sumarían las operaciones de contraguerrilla, en una espiral inaudita de crueldad. Variados testimonios escritos dan cuenta de ello, pero los más impactantes son los visuales, las estampas de los *Desastres de la guerra* de Francisco de Goya: *Con razón o sin ella*, donde paisanos atacan a navajazos a los soldados; *Lo mismo*, en donde un soldado napoleónico muestra su rostro de pavor antes de morir ante el hacha de un campesino; *Esto es peor y Grande hazaña! Con muertos!*, en las cuales quedan patentes las crueidades perpetradas.

El húsar Jean de Rocca dejó por escrito este miedo a la población civil, señalando que “nuestros soldados no podían apartarse de la carretera o quedar rezagados de las columnas, so

²² Sobre la guerrilla véase VV. AA., *La guerrilla en España. Siglos XVIII-XIX*, Madrid, Desperta Ferro, 2022.

pena de exponerse a ser asesinados por los serranos”, comparando lo que sucedía en España con otros lugares “no nos atrevíamos, como en Alemania, a organizar puestos de socorro sobre la marcha, y era impensable enviar sin apoyo a nuestros enfermos a los hospitales”. Él vivió esto al llegar a un pueblo: “Oí que algunos hombres repetían con bastante energía la palabra matar” y afirma que tuvo que caracolear el caballo para escapar de la multitud de hombres y mujeres que le amenazaban. Pero uno de los momentos más dramáticos es lo que vio cerca de Aranjuez:

Nada tan espantoso como el espectáculo que a renglón seguido se expuso ante mis ojos. A cada paso encontraba los cuerpos mutilados de los franceses asesinados los días anteriores y jirones de ropa ensangrentada diseminados por todas partes²³.

En el caso de los Sitios de Zaragoza, los soldados del III y V Cuerpos de Ejército que la asediaron entre diciembre de 1808 y febrero de 1809 tuvieron similares miedos. Se veían obligados a someter no ya a un Ejército español sino a una población entera, luchando desesperadamente calle a calle, casa por casa, en cada habitación.

²³ Aymes, J. R., y Bittoun-Debruyne, N. (eds.), *Memorias sobre la guerra de los franceses en España. Albert-Jean-Michel de Rocca*, Sílex-UCA, Cádiz, 2011, pp. 65-66, 75.

Pero no solo eso, sino que se sintieron rodeados. Pensaba que iban a morir todos en el Segundo Sitio de Zaragoza. Eran conscientes de la hostilidad de la población civil aragonesa, de que se organizaban ejércitos de socorro que en cualquier momento podían caer sobre su retaguardia o dejarlos bloqueados.

Y no era ninguna mentira, aunque en su percepción a veces se sobredimensionaba. En las noches claras, desde los campamentos sitiadores en torno a Zaragoza podían verse las luces, no muy lejanas, de las hogueras de tropas españolas o partidas irregulares. No en vano las avanzadillas de Fray Teobaldo y el coronel Felipe Perenna llegaron a escasa distancia de Villamayor, a 5 kilómetros de Zaragoza. Junto a ellos, el ejército que reunieron los hermanos Luis y Francisco Palafox, cuyas avanzadas también aparecieron a la vista de Villamayor. Eso desde el norte del Ebro, porque desde el sur operaban los hombres al mando de Gayán y de Elola, entre otros²⁴. La amenaza era, por tanto, real. En palabras del soldado polaco Józef Mrozinski: “Todo Aragón se había levantado, en todos los sitios la

²⁴ Sorando, L., “Los intentos de romper el cerco”, *Desperta Ferro. Historia Moderna*, 36 (2018), pp. 34-39.

gente se armaba; rodeados por todas partes”²⁵.

A eso se sumaban los padecimientos diarios dentro de las ruinas zaragozanas. Al comenzar febrero de 1809, las divisiones de Musnier y Grandjean ocupaban desde unas casas junto al monasterio de Santa Engracia hasta otras junto al de Santa Mónica y San Agustín. Eran unos 9.000 soldados napoleónicos atrincherados dentro de Zaragoza, los cuales llegaban a quemar para calentarse libros y cuadros de los edificios que ocupaban. Los oficiales se hacían eco de las quejas de los soldados, quienes mostraban su angustia, miedo y desesperación, comentando: “Este sitio va a ser interminable”, “Aquí, uno tras otro, vamos a morir todos en estos combates cuerpo a cuerpo que hay que sostener cada día”, “¡Es una locura!”, “Aquí nos enterrarán a todos”, “¡Apenas si podemos comer!”, “La cuarta parte de la ciudad, reducida a cenizas, cuesta ya la cuarta parte de nosotros”, “Estamos despedazados de fatiga” y “el ejército entero sucumbirá antes de haber obligado a estos fanáticos a que nos dejen una casa en pie para poder descansar un poco”. Los soldados

estaban tan cansados que “caían rendidos por el sueño y con frecuencia ni el mismo ruido del cañón lograba despertarles”²⁶.

El mariscal Jean Lannes se sentía también desolado y pesimista. El 30 de enero de 1809 había escrito: “nosotros nos cansamos mucho aquí”, “hacemos saltar las casas con sus defensores”, y el 1 de febrero: “esta guerra es horrible”, lo que repetía el día 6: “esta guerra da pena”, añadiendo: “Preferiría mejor diez batallas en un día que la guerra que nosotros hacemos contra las casas. Yo estaría bien contento si fuéramos dueños de Zaragoza en un mes. Estoy fatigado”. El mariscal dio órdenes de no dar asaltos y minimizar bajas, pues los hombres bajo su mando estaban al borde del colapso psicológico. A lo largo del Segundo Sitio fueron entre 35.000 y 50.000 soldados napoleónicos para someter a 30.000 soldados y una población que albergaba a más de 50.000 personas, además de hacer frente a los ejércitos españoles de socorro. De esta forma, eran los sitiadores quienes se sentían asediados²⁷.

²⁵ Mrozinski, J., *El asedio y defensa de Zaragoza en los años 1808-1809*, Varsovia, 1819, recogido en Presa González, F., (ed.): *Soldados polacos en España durante la Guerra de la Independencia española (1808-1814)*, Madrid, Huerga fierro editores, 2004, p. 210.

²⁶ Lejeune, *op. cit.* (nota 15), pp. 83 y 126.

²⁷ Lannes, Ch., *Le maréchal Lannes, duc de Montebello, prince souverain de Siévers, en Pologne: résumé de sa vie*, Tours, Alfred Mame et fils Editeurs, 1911, p. 143; Belmas, J., *Los Sitios vistos*

Con este panorama, no era de extrañar que hubiera soldados que estuvieran tentados de abandonar las filas, de desertar. Sin embargo, las principales deserciones en el seno del multinacional Ejército napoleónico no se dieron en el Segundo Sitio, donde corrían el riesgo de perecer, sino al estallar la guerra en el verano de 1808. Fue entonces cuando soldados de origen portugués, polaco e italiano, por convicción católica, oportunismo o simpatía hacia la causa española se pasaron a las filas de los levantados en armas contra Bonaparte. Tal fue el caso de los portugueses. Entre fines de 1807 y comienzos de 1808 se había organizado la Legión portuguesa con las mejores unidades del deshecho Ejército de los Braganza. Esta se integró bajo las banderas de Napoleón, pero no fueron pocos los desertores cuando se inició la guerra en España, de los cuales unos cuantos acabaron en Zaragoza. Por ejemplo, fue el caso de Vicente José Pereira. En 1799, con 14 años, había entrado a servir en el Ejército de la Monarquía de Portugal hasta que en abril de 1808 pasó a formar parte del 5.º de Infantería portuguesa en el Ejército napoleónico. Apenas dos meses después, el 24 de junio, desertó y se pasó al bando español. Por las mismas fechas, en

Huesca se hallaban dos desertores polacos y cinco italianos quienes manifestaban sus simpatías por la causa española y querer alistarse en sus filas.



Figura 3. *Voltigeur de la Legión portuguesa.*

Colección privada.

Lo mismo ocurría en Cariñena, donde dos piemonteses, huidos desde la Navarra ocupada, solicitaban unirse al Ejército aragonés. Pero no solo eran tropas extranjeras, también franceses. Algunos habían desertado con anterioridad y se encontraban en cárceles como los cuatro que se encontraban en las de Daroca. Otros veintisiete se presentaron en Zaragoza

el 4 de junio. La deserción fue un goteo constante en esos momentos²⁸.

El hambre y el frío

Las operaciones de asedio se vieron complicadas por los rigores del invierno de 1808-1809. Hicieron su aparición el hambre, el frío y la enfermedad. En la sitiada Zaragoza, atestada de gentes, se desató una terrible epidemia de tifus. Y los soldados del Ejército napoleónico no estaban exentos. El tifus no entendía ni de nacionalidades, ni de bandos contendientes, ni de trincheras. Los hospitales en la retaguardia, fundamentalmente en Alagón, pero también en Tudela, no pararon de recibir enfermos. Dormir al raso, el frío, la falta de víveres y el cansancio también debilitaban las defensas de los soldados imperiales. A finales de enero de 1809, 13.000 de ellos se encontraban enfermos. Los restantes, que seguían intentando doblegar la resistencia zaragozana, temían proseguir atacando, y ya no solo por el tipo de guerra tan atroz, sino por el miedo al contagio.

Adentrarse en Zaragoza suponía también entrar en contacto con una masa poblacional infectada.

Junto a ello, el hambre. Los ejércitos de Napoleón, acostumbrados a movimientos rápidos y a vivir sobre el terreno, no estaban preparados para una larga guerra de ocupación sobre un territorio esquilmado por las crisis agrarias desde 1803-1804, como era España. La logística fue un talón de Aquiles de las tropas napoleónicas que pasaron hambre sitiando Zaragoza y en otras partes. Los soldados escribían cartas a sus familias contando las miserables condiciones de la guerra. Marchaban de día y noche, dormían al raso la mayor parte de las noches, temían quedarse rezagados y ser asesinados, tanto que incluso hubo suicidios, y pasaban hambre, recibiendo muchas veces tan solo media ración. Los pueblos por los que transitaban eran abandonados por sus habitantes, quienes se llevaban consigo las provisiones, la orografía no acompañaba y la guerra se tornaba

²⁸ Archivo Municipal de Zaragoza, Fondo General Palafox, Sig.:2-3/1-198, caja 08146, 1808, mayo-1809, febrero, *Cartas y oficios sobre la defensa de Zaragoza, por orden alfabetico según el nombre del remitente*; Sig.: 7-2/297-350, caja 08154, 1808, junio-1809, enero, *Correspondencia de oficio de los coroneles de los Tercios de Huesca con el Inspector General de Infantería y con José de Palafox*; Sig.: 46-1/15-53, caja 08222, 1808, mayo-noviembre, *Correspondencia de oficio de Miguel Oliveras, gobernador de Daroca, con José de*

Palafox; Sig.: 22-8/1-108, 1808, marzo-1809, enero, *Instancias dirigidas a José de Palafox relativas a diferentes peticiones*; Sig.: 24-3/1-37, 1808-1821, *Certificaciones e instancias expedidas y dirigidas a José de Palafox y referidas a concesiones y honores y distinciones por participar en la defensa durante los Sitios; acreditación de servicios prestados y nombramiento de cargos; así como justificación de aportaciones económicas para contribuir a los gastos durante los asedios*.

complicada. Jacques Willems, quien marchó hacia Andalucía en el Ejército de Dupont, manifestaba tener que comer carne de burro, mientras que Nicolas-Joseph Dujardin, destinado en Portugal a las órdenes de Junot, hablaba de la miseria en que se hallaban y cómo debían forrajar cerca del campamento. Este problema logístico de aprovisionamiento es algo que no se solucionaría en los seis años de guerra que estaban por venir.

Durante el frío mes de enero de 1809 los soldados que sitiaban Zaragoza padecieron hambre. El polaco Mrozinski hablaba de cómo:

nuestro enemigo más terrible era el hambre: numerosas veces nuestros soldados se habían reducido a media ración de pan, y ellos echaban en falta la carne; ningún pueblo obedecía a nuestras requisiciones, y el estado de debilidad en el que nos encontrábamos.

El ingeniero francés Rogniat insistía en lo mismo: “rodeados por todas partes, estábamos expuestos a un hambre segura”, y Lejeune daba cuenta de que las expediciones que iban en busca de víveres volvían fatigadas y con las manos vacías, mientras que había convoyes de suministros que eran

interceptados por partidas de españoles. El coronel Brandt también hablaba de la falta de sal y de pan, sustituido por un puñado de arroz o judías. A ello añadía el terrible frío, incluso para soldados que habían combatido en el este de Europa: “Yacíamos sobre la tierra pelada, ya que la paja era un lujo desconocido” y hacían hogueras para calentarse con la madera de puertas y ventanas que arrancaban de las casas. “En el hospital que habían situado en Alagón estaba falto de todo menos de enfermos y heridos que lo llenaban y también padecían la falta de alimento y de medicamentos. Al poco, Napoleón ordenaba enviar la cantidad de 200.000 raciones de galleta para las fuerzas sitiadoras de Zaragoza²⁹. No fueron suficientes, pues el mariscal Lannes volvió a escribir pidiendo mayores suministros para el ejército asediador. El 10 de febrero, desde París, el príncipe Berthier anunciaba que mandaba a Zaragoza 80.000 francos para pagar a las tropas, 800.000 raciones de galleta y 100.000 kilos de pólvora. Con el nuevo tipo de guerra, el de minas y bombardeo total, se exigían unas cantidades de munición y pólvora

²⁹ Archivo Municipal de Zaragoza, Fondo General Palafox, Sig.: 1-6/11, caja 08145, 1814, Folleto “Relation des sièges de Saragosse et de Tortose...” por el Barón de Rogniat, jefe de ingenieros franceses en el Segundo Sitio; Mrozinski, *op. cit.* (nota 25), pp. 141-251; Lejeune, *op. cit.*

(nota 15), pp. 60-61; Rudorff, *op. cit.* (nota 7), p. 269; Picard, E., y Tuetey, L., *Correspondance inédite de Napoléon Ier, conservée aux Archives de la guerre*, T. II, 1808-1809, París, Henri Charles-Lavauzelle Editeur militaire, 1912., p. 660.

que desbordaron todas las previsiones. Hacía falta más pólvora contra Zaragoza, como reconoció el propio Napoleón³⁰.

Situación parecida vivirían otros contingentes napoleónicos a lo largo de la guerra. Tal fue el caso del Ejército del *Midi*, destinado al bloqueo de Cádiz entre 1810 y 1812, estudiado por Jean Marc Lafon, quien explica el fracaso del aprovisionamiento y la hambruna que derivó de ello. A finales de 1811 estalló la hambruna entre el I Cuerpo, como quedó patente en las memorias de soldados como Manière o Page, con fórmulas del argot militar del periodo para referirse al hambre: “cepillarse el vientre” o “hacer una muy larga cuaresma”. En marzo de 1812 tuvieron que contentarse con media ración (unos 250 gramos de pan y 80 de carne diarios), rebajada después hasta un cuarto según Manière (tres libras de pan para cuatro días)”³¹.

En este sombrío panorama, hubo un recurso casi sistemático al saqueo como medio de aprovisionamiento. Y cuando esto ocurría no solo se robaban suministros, sino que solía conllevar otro tipo de violencias, como las sexuales. Influían en ello sus condiciones de vida militar, la

indisciplina de nuevos reclutas, las ensoñaciones con los tesoros de las iglesias barrocas y las exóticas mujeres españolas, y el dejar hacer de unos mandos que veían esa campaña como un castigo a meros rebeldes o bien perdían el control sobre sus hombres. El más sonado fue el saqueo de Córdoba durante diez días, tras la batalla del Puente de Alcolea del 7 de junio de 1808, pero no fue el único. En la marcha de Moncey a Valencia, en junio de 1808, saquearon casas e iglesias, a pesar de que este mariscal amenazaba con el fusilamiento a quienes cometieran tales excesos. En Castilla también padecieron varias poblaciones el furor de las tropas napoleónicas, como Medina de Rioseco, incendiada y saqueada tras la batalla de julio de 1808. Estas tropelías iban acompañadas de violencias sexuales, individuales o colectivas. El 68% de estas se produjo en esos contextos, pero también se dieron sin necesidad de una resistencia militar previa. Se trataba de una violencia de depredación de los atacantes. Los franceses cargarían las culpas sobre soldados suizos, polacos, alemanes o italianos, pero lo cierto es

³⁰ Belmas, *op. cit.* (nota 27), p. 207; Picard y Tuetey, *op. cit.* (nota 29), pp. 714-715.

³¹ Lafon, *op. cit.* (nota 9).

que estos desmanes no entendieron de nacionalidades³².

El combate

En relación con todo lo comentado previamente, está la experiencia bélica directa, la del propio combate. Se puede hablar de, al menos, cuatro visiones: la victoria fácil, la batalla soñada, la dureza del asedio, la guerra contra el paisaje. A continuación, las expongo a través de cuatro casos: batallas de Mallén y Tudela, Segundo Sitio de Zaragoza y guerra irregular en La Rioja.

El inicio de la campaña del verano de 1808 se preveía fácil y exitoso para las columnas napoleónicas que fueron destinadas a sofocar los focos rebeldes del noreste y del sur: Castilla, Aragón, Valencia y Andalucía. De hecho, tuvieron notable éxito al vencer en las batallas del Puente de Alcolea (7 de junio), Tudela (8 de junio), Cabezón de Pisuerga (12 de junio), Mallén (13 de junio), Alagón (14 de junio), puente del Pajazo (23 de junio) y Medina de Rioseco (14 de julio). Eso causó un espejismo en los mandos y soldados napoleónicos, augurando un final rápido de la guerra en apenas meses.

Esas primeras victorias fueron posibles porque se enfrentaban a contingentes formados fundamentalmente por levas compuestas, en el mejor de los casos, por hombres que llevaban alistados dos o tres semanas, mal armados, peor instruidos y dirigidos por generales que pensaban que mandaban a soldados profesionales en campos de batalla dieciochescos. La batalla campal en terreno abierto favorecía a los imperiales. Así, las endebles líneas españolas se disolvían en pánico al ver aparecer las columnas de infantería y a la caballería napoleónica.

Eso es lo que ocurrió en la batalla de Mallén del 13 de junio de 1808. El llamado Ejército de Aragón, sin apenas tropa profesional, formó en línea. Aquella multitud de paisanos fue flanqueada por 700 jinetes polacos y franceses que, cuando aparecieron, causaron la desbandada de los aragoneses. Estos tiraron sus armas y corrieron hacia el río Ebro, dando la espalda a sus perseguidores que, a caballo, les alcanzaron inmisericordemente. En palabras de un lancero del Vístula, Kajetan Wojciechowski, “la matanza fue terrible”, y como no entendían una sola

³² Lafon, J. M., “Les violences sexuelles en Espagne (1808-1814): ce que révèlent les témoignages”, *Bulletin Hispanique*, T. 108, 2 (2006), pp. 555-575; Friederich-Stegmann, H., “Memorias de alemanes en España durante la

Guerra de la Independencia. La estancia de Philipp Schwin en la isla de Cabrera”, *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie IV, Historia Moderna, 16 (2003), pp. 359-390.

palabra de español “ya podían ir pidiendo que les salváramos la vida” pues “sin consideración alguna” empujaban hacia el río o “picaban a todos sin piedad”. Y es que, en esta desastrosa y terrorífica huida, muchos paisanos se lanzaron a las aguas del Ebro antes que ser alanceados por la caballería enemiga. 600 cayeron muertos en la jornada de Mallén, bien ahogados, bien muertos por las lanzas y balas napoleónicas³³. Con estos precedentes, es lógico que pensaran en una entrada rápida en de Zaragoza. Pero no fue así, porque esos mismos paisanos que en campo abierto no tenían posibilidad alguna de resistencia, sí la lograban tras las tapias de su ciudad.

El segundo caso, el de aquellos soldados que soñaban con la gloria en una gran batalla, idealizada especialmente tras victorias como la de Austerlitz en 1805, lo observamos con quienes llegaron tarde a la segunda batalla de Tudela del 23 de noviembre de 1808. El joven oficial León Dufour, de 18 años, llegó a la ciudad navarra justo después de finalizar los combates. Iba desde Lodosa, pueblo al que calificaba de desgraciado tras haber

sido saqueado ya tres veces. Dio cuenta de que la moral de los franceses era alta en esos momentos de marcha, que tenían ganas de entrar en batalla. El día 23 su regimiento atravesaba Alfaro, también saqueada, en una columna que formaba una cadena silenciosa de hombres, animales y equipajes. En ese punto escucharon el ruido del cañón proveniente de Tudela. Ante ello, redoblaron el paso con impaciencia, pero llegaron tarde. Dufour solo vio en la lejanía el último asalto napoleónico a Cabezo Malla y Santa Quiteria entre “un vivo fuego de mosquetería”. Cuando, al caer la noche, entró en Tudela, observó cómo muchas casas estaban vacías ante la huida del vecindario, y cómo había comenzado el pillaje. Él mismo se aposentó en una casa por la fuerza junto con otro oficial. Tal era el nivel de desenfreno que tuvieron que defenderse de sus propios compatriotas que pretendían saquear la casa en la que estaban alojados. Como era cirujano, quedó en Tudela encargado de organizar hospitales de retaguardia, lo cual le supuso un grave problema, puesto que todo el territorio circundante fue “horriblemente saqueado”³⁴.

³³ Pérez Francés, J. A., “Guerra y cuchillo” un grito por la Independencia y la Libertad. Primer Sitio de Zaragoza 1808, Zaragoza, Asociación Cultural los Sitios de Zaragoza, 2011, p. 107.

³⁴ Orta Rubio, E., “Dos fuentes complementarias de la Batalla de Tudela (23 de noviembre de 1808)”, en Miranda, F. (coord.), *Fuentes documentales para el estudio de la Guerra de la*

En tercer lugar, los desastres de la guerra urbana que vivieron en el Segundo Sitio de Zaragoza. Este no tuvo parangón con ningún otro, pues se rompieron todas las reglas de la guerra. Tenemos una pluralidad de testimonios de quienes allí combatieron, pero a continuación se presenta una selección significativa que muestra el horror que vivieron y sintieron. A partir del 27 de enero y hasta el 20 de febrero de 1809 se dieron combates dentro de la ciudad, ese característico casa por casa. Comenzaron por el asalto al monasterio de Santa Engracia, con “terribles combates de esta jornada”, donde participó el ya citado Lejeune, quien fue herido de rebote por una bala de cañón, la cual le produjo una “dolorosa angustia”³⁵.

Es, precisamente, este oficial francés quien ofrece vívidos relatos de aquellos días. Así, el 28 de enero cuenta cómo avanzaban: “En medio de estas ruinas, que eran para nosotros verdaderos laberintos, caminábamos al resplandor del fuego que se nos hacía desde todas partes (...) nos costó más de 600 hombres”, pues “En cada casa multiplicaban los españoles, (...) los agujeros en los tabiques y en los techos para poder tirar de piso en piso y de un

aposento a otro. Se les oía romper sus escaleras para hacer con ellas barricadas y reemplazarlas por escalas que podáis retirar” y “al mismo tiempo los clérigos y las mujeres circulaban por todas partes con armas en la mano”³⁶.

El 1 de febrero de 1809 cayó abatido el jefe de ingenieros francés, Bruno Lacoste, siendo sustituido por Rogniat, de quien Lejeune mencionaba la experiencia adquirida “cada día en este género de guerra extraordinaria”, pues ya solo avanzaban con prudencia, volando casa a casa y con duros combates en el subsuelo, dentro de túneles de minas y contraminas:

Llegó un día en que aquellos intrépidos obreros, sitiadores y sitiados, desembocaron a la vez sus galerías en la misma bodega y allí, en una oscuridad que sus lámparas apenas disipaban, precipitáronse los unos sobre los otros con sus herramientas, sus cuchillos y sus sables, sin darse ni tiempo para tomar otras armas. Era en verdad la guerra a cuchillo que Palafox había prometido.

Singularmente dantesco fue el 10 de febrero, que Lejeune describió de la siguiente forma: “Rara vez ha presentado la guerra cuadro más espantoso que el de las ruinas del convento de San Francisco durante el

³⁵ *Independencia*, Pamplona, Ediciones Eunate, 2002, pp. 449-458.

³⁵ Lejeune, *op. cit* (nota 15), pp. 71 y 73.

³⁶ *Ibidem*, pp. 74 y 78.

asalto, y aún después de él. No solo destruyó la violenta explosión la mitad del edificio”³⁷.

Finalmente, Zaragoza capituló el 21 de febrero de 1809. Se encontraba en un estado desolador. Lejeune escribió: “La ciudad no era ya más que un estrecho cementerio”³⁸, mientras que un soldado polaco ofrecía la siguiente descripción: “Los lugares que habían sido destruidos por las minas estaban cubiertos por multitud de miembros que se habían desgarrado de los cuerpos humanos”, “perdieron la vida en la ciudad 54.000 personas”, “el día de la capitulación había 6.000 cadáveres sin enterrar”³⁹. El propio mariscal Lannes retrasó su entrada “triunfal” en la ciudad hasta el 5 de marzo. En una carta a Berthier informaba: “Alteza verá por el estado que le adjunto que han muerto cincuenta y cuatro mil personas: es inconcebible. Desde nuestra entrada han muerto entre ocho y diez mil, de manera que esta ciudad está reducida en este momento a alrededor de doce a quince mil habitantes. (...) esta ciudad da horror verla”⁴⁰.

A ras de suelo, Theophile Charles Bremond, un joven oficial francés de 21 años, perteneciente al 21.^º de *Chasseurs à Cheval* (cazadores a caballo de línea)

del V Cuerpo de Ejército, enviaba una carta a su padre el 6 de marzo de 1809, desde Villamayor, donde estaba acantonado.

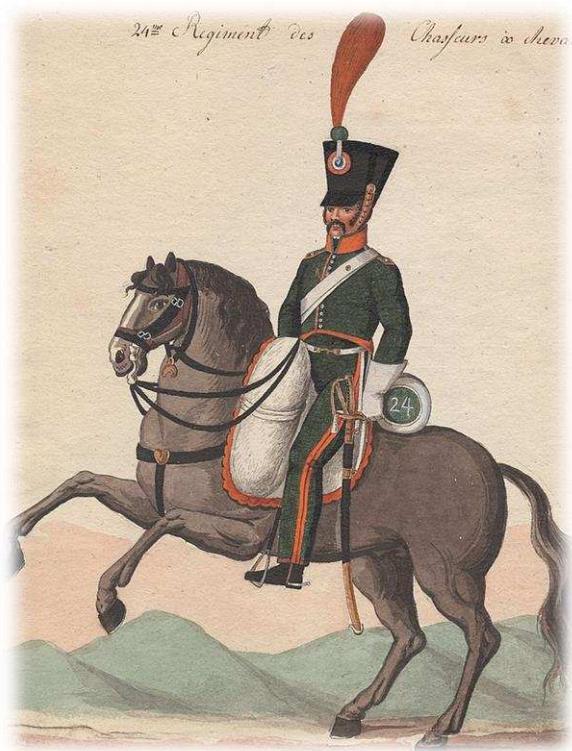


Figura 4. Soldado raso del 24.^º de *Chasseurs à Cheval* según el manuscrito de Otto.
Dominio público en Wikimedia Commons.

Bremond mostraba su alegría porque al fin podía escribir, tras dos meses, puesto que “los correos eran todos interceptados”. Contaba cómo Palafox había retenido a una buena parte del Ejército francés en torno a Zaragoza, la cual había sido sometida al bombardeo, quedando, al fin, “reducida después de meses” y describía así la situación: “muchas personas han muerto en el

³⁷ Lejeune, *op. cit.* (nota 15), pp. 99 y 112.

³⁸ *Ibidem*, p. 116.

³⁹ Mrozinski, *op. cit.* (nota 25).

⁴⁰ Belmas, *op. cit.* (nota 27), p. 212.

sitio que ha durado dos meses. Yo he visto la ciudad que está arruinada por nuestra artillería. La mitad está enteramente quemada y las iglesias están llenas de muertos y de heridos y es un horror esta desgraciada ciudad”, apuntando que, aunque los españoles se defendieron “con valor, pero la enfermedad y la toma del barrio (Arrabal) les ha hecho rendirse”. Tras dejar patente su horror ante lo visto y vivido, finalizaba anunciando su próximo destino, Lérida o Mequinenza, plazas españolas por conquistar⁴¹.

En cuarto lugar, tras las batallas campales victoriosas y el terrible Segundo Sitio de Zaragoza, la experiencia de muchos soldados napoleónicos en España fue la de estar combatiendo con un enemigo que lo invadía todo, su frente, retaguardia y flancos. No había frente y el enemigo se confundía con el paisaje que causaba angustia y desazón en una guerra interminable y cruel. Era la lucha contra la guerrilla, que adquirió especial virulencia desde finales de 1809. Y así, para acabar este artículo, sigo las memorias del general Thiébault, quien narra algunas de sus

actuaciones “antipartisanas” en Castilla y La Rioja.

Así, informado de una guerrilla situada cerca de Santo Domingo, envió “cuatro destacamentos de 300 hombres cada uno, a derecha e izquierda del pueblo”, más los cazadores, quienes se enfrentaron por la noche a unos 800 guerrilleros, que huyeron a la montaña cuando les cargó la caballería. Poco después, en los alrededores de Quintanar encontraron “a un español armado, encargado de espiarnos y escondido en un agujero. Mis exploradores lo detuvieron y (...) el pobre diablo fue juzgado en el acto y fusilado”. Thiébault deja patente las sensaciones de angustias que les generaba el bosque, “la espesura de sus matorrales” pues “era un refugio seguro y formidable para las guerrillas”, lo que les obligaba a marchar en total silencio en ese “sitio peligroso”⁴².

Hasta 1814 la guerra continuó en una espiral sin fin. Jean de Rocca lo expresó así:

Después de haber vencido, era necesario volver a vencer constantemente: las victorias se convertían en inútiles debido al carácter indomable y perseverante de los españoles; y los ejércitos franceses se consumían, faltos de

⁴¹ Carta de Charles Bremond a su padre Mr. Bremond, Villamayor, 6 de marzo de 1809. Citado en Aquillué, *op. cit.* (nota 7).

⁴² Robledo, R. y Marín Más, M. Á. (eds.), *Memorias del general Thiébault en España (1802-1812)*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2015, pp. 296-297.

*reposo, por las continuas fatigas, vigilias y
acosos⁴³.*

Las bajas de aquel conflicto bélico
fueron abultadas y, como hemos visto,
en los supervivientes quedó un
profundo impacto que reflejaron en sus
memorias en la era posnapoleónica.

⁴³ Aymes y Bittoun-Debruyne, *op. cit.* (nota 23),
p. 96.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes documentales

Archivo Municipal de Zaragoza (AMZ), Fondo General Palafox:

Sig.: 1-6/11, caja 08145, 1814, *Folleto “Relation des sièges de Saragosse et de Tortose...” por el Barón de Rogniat, jefe de ingenieros franceses en el Segundo Sitio.*

Sig.: 2-3/1-198, caja 08146, 1808, mayo-1809, febrero, *Cartas y oficios sobre la defensa de Zaragoza, por orden alfabético según el nombre del remitente.*

Sig.: 7-2/297-350, caja 08154, 1808, junio-1809, enero, *Correspondencia de oficio de los coroneles de los Tercios de Huesca con el Inspector General de Infantería y con José de Palafox.*

Sig.: 46-1/15-53, caja 08222, 1808, mayo-noviembre, *Correspondencia de oficio de Miguel Oliveras, gobernador de Daroca, con José de Palafox.*

Sig.: 22-8/1-108, 1808, marzo-1809, enero, *Instancias dirigidas a José de Palafox relativas a diferentes peticiones.*

Sig.: 24-3/1-37, 1808-1821, *Certificaciones e instancias expedidas y dirigidas a José de Palafox y referidas a concesiones y honores y distinciones por participar en la defensa durante los Sitios; acreditación de servicios prestados y nombramiento de cargos; así como justificación de aportaciones económicas para contribuir a los gastos durante los asedios.*

Bibliothèque nationale de France (BnF):

Le Moniteur Universel ou Gazette Nationale, 5 de septiembre de 1808, núm. 249.

Libros, Manuales, Monografías

Aquillué, D., *Guerra y cuchillo. Los Sitios de Zaragoza 1808-1809*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2021.

Aymes, J. R., y Bittoun-Debruyne, N. (eds.), *Memorias sobre la guerra de los franceses en España. Albert-Jean-Michel de Rocca*, Sílex-UCA, Cádiz, 2011.

Aymes, J. R., *La Guerra de la Independencia en España (1808-1814)*, Madrid, Siglo XXI, 1986.

- Bell, D., *La primera guerra total. La Europa de Napoleón y el nacimiento de la guerra moderna*, Madrid, Alianza, 2012.
- Belmas, J., *Los Sitios vistos por un francés*, Zaragoza, Editorial Comuniter, 2003.
- Butrón, G. y Rújula, P., *Los sitios en la Guerra de la Independencia: la lucha en las ciudades*, Madrid, Sílex Ediciones-Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2012.
- Fraser, R., *La maldita guerra de España. Historia social de la Guerra de la Independencia, 1808-1814*, Barcelona, Crítica, 2006.
- Gonzalo Til, S., *Esmeraldas y cenizas. El expolio del Pilar*, Zaragoza, Asociación Cultural Los Sitios de Zaragoza, 2013.
- Keegan, J., *El rostro de la batalla*, Turner, Madrid, 2013.
- Lafon, J. M., *L'Andalousie et Napoléon: Contre-insurrection, collaboration et resistances dans le midi de l'Espagne (1808-1812)*, Nouveau Monde Editions, 2007.
- Lannes, Ch., *Le maréchal Lannes, duc de Montebello, prince souverain de Siévers, en Pologne: résumé de sa vie*, Tours, Alfred Mame et fils Editeurs, 1911.
- Lejeune, L. F., *Los Sitios de Zaragoza. Historia y pintura de los acontecimientos que tuvieron lugar en esta ciudad abierta durante los dos sitios que sostuvo en 1808 y 1809*, edición de Pedro Rújula, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, p. 71.
- Lejeune, L. F., *Sièges de Saragosse, histoire et peinture des événements qui ont eu lieu dans cette ville ouverte pendant les deux sièges qu'elle a soutenus en 1808 et 1809*, París, Librairie de Firmin Didot Frères, 1840.
- Memoires de Robert Guillemand*, Paris, Fondation Napoleon, 1826.
- Mikaberidze, A., *Las guerras napoleónicas. Una historia global*, Madrid, Desperta Ferro, 2022.
- Mrozinski, J., *El asedio y defensa de Zaragoza en los años 1808-1809*, Varsovia, 1819, recogido en Presa González, F., (ed.): *Soldados polacos en España durante la Guerra de la Independencia Española (1808-1814)*, Madrid, Huerga fierro editores, 2004, p. 210.

Orta Rubio, E., “Dos fuentes complementarias de la Batalla de Tudela (23 de noviembre de 1808), pp. 449-458, en Miranda, F. (coord.), *Fuentes documentales para el estudio de la Guerra de la Independencia*, Pamplona, Ediciones Eunate, 2002.

Ortas Durand, E., *Viajeros ante el paisaje aragonés (1759-1850)*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1999.

Pérez Francés, J. A., “*Guerra y cuchillo*” un grito por la Independencia y la Libertad. Primer Sitio de Zaragoza 1808. Zaragoza, Asociación Cultural los Sitios de Zaragoza, 2011.

Picard, E., y Tuetey, L., *Correspondance inédite de Napoléon Ier, conservée aux Archives de la guerre*, T. II, 1808-1809, París, Henri Charles-Lavauzelle Editeur militaire, 1912.

Robledo, R. y Marín Más, M. Á. (eds.), *Memorias del general Thiébault en España (1802-1812)*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2015, pp. 296-297.

Rogniat, J., *Relación de los sitios de Zaragoza y Tortosa por los Franceses en la última Guerra de España*, Zaragoza, Imprenta de Miedes, 1815.

Rudorff, R., *Los Sitios de Zaragoza 1808-1809, “guerra a muerte”*, Barcelona, Grijalbo, 1977.

VV. AA., *La guerrilla en España. Siglos XVIII-XIX*, Madrid, Desperta Ferro, 2022.

Artículos en revistas y medios

Esdaile, Ch., “El ejército francés en España. Actitudes y mentalidades de una fuerza de ocupación”, *Jerónimo Zurita*, 91 (2016), pp. 21-33.

Friederich-Stegmann, H., “Memorias de alemanes en España durante la Guerra de la Independencia. La estancia de Philipp Schwin en la isla de Cabrera”, *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie IV, Historia Moderna, 16 (2003), pp. 359-390.

Lafon, J. M., “Comer caldo aguado con cuchillo...” Organización y logística del Ejército del Midi en la prefectura de Jerez (1810-1812)”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, 12 (2017), 149-172.

_____, “Les violences sexuelles en Espagne (1808-1814): ce que révèlent les témoignages”, *Bulletin Hispanique*, T. 108, 2 (2006), pp. 555-575.

_____, “Una inquietante extrañeza: la visión de la España del año 1808 en los testimonios napoleónicos, entre la alianza desigual y la guerra abierta”, *Anales de Filología Francesa*, 16 (2008), pp. 141-153.

Luis, J. P., “Balance historiográfico del bicentenario de la Guerra de la Independencia: las aportaciones científicas”, *Ayer*, 75 (2009), pp. 303-325.

Sorando, L., “Los intentos de romper el cerco”, *Desperta Ferro. Historia Moderna*, 36 (2018), pp. 34-39.

Sobre el autor:

***DANIEL AQUILLUÉ DOMÍNGUEZ (Zaragoza, 1989) es Doctor en Historia Contemporánea por la Universidad de Zaragoza, obtuvo una mención honorífica de la Cátedra Cervantes de la Academia General Militar. Entre sus publicaciones se encuentran los libros *Armas y votos. Politización y conflictividad política en España 1833-1843*, *Guerra y cuchillo. Los sitios de Zaragoza 1808-1809* y *España con honra, una historia del siglo XIX español 1793-1923*. Actualmente es Profesor de la Universidad Isabel I, en el Grado en Historia, Geografía e Historia del Arte.